

UN DOBLE ITINERARIO LÍRICO DE CORRESPONDENCIAS

© 2003, Fundació Joan Brossa / Chema Madoz
© de las traducciones, Carlos Vitale y John London
© de esta edición, 2008, La Fábrica Editorial

Segunda edición: abril 2008

La Fábrica Editorial
Verónica, 13. 28014 Madrid
T. +34 91 360 13 20
F. +34 91 360 13 22
edicion@lafabrica.com
www.lafabricaeditorial.com

Diseño original: Garay, Gil, Pita @ La Fábrica
Diseño gráfico: Pablo Rubio @ Erretres Diseño

ISBN: 978-84-96466-18-0
Depósito Legal: M-14.551-2008
Impresión: Artes Gráficas Palermo, S.L.
Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida terminantemente la reproducción parcial o total
de esta obra sin previo consentimiento por escrito de la editorial.

Fotopoemario: una colección de fotos y poemas de dos personalidades aparentemente alejadas por sus trayectorias, pero con muchas cosas en común. A quien haya conocido primero sólo a uno de los dos artistas, Chema Madoz o Joan Brossa, le parecerá que el que haya conocido en segundo lugar ha imitado al primero. Pero sabemos con certeza que no fue así. Cada uno de ellos, uno mucho más joven que el otro, siguió su propio camino hasta que llegó un momento en que conoció al otro. Fue a raíz de la exposición antológica 1941-1991 de Joan Brossa en el Museo Reina Sofía de Madrid, que el fotógrafo descubrió al poeta y lo dejó maravillado. Cuatro años después, con ocasión de una visita de Joan Brossa al taller de Fernando Bellver en Madrid, el poeta vio un libro de Chema Madoz. Las fotografías le gustaron tanto que quiso conocer al artista lo antes posible. Fernando Bellver preparó de inmediato una cita y así se conocieron Brossa y Madoz. Según explica este último, Brossa dijo que había tardado setenta años en conocer a un hermano. A su vez, Madoz le regaló un libro con la siguiente dedicatoria: «Creo recordar que fue en el año 1992 en el Reina Sofía donde recibí mi primera cura de humildad. Un abrazo. Chema».

Lo que descubrió Chema Madoz al ver los objetos de Brossa es lo mismo que sorprende al espectador que ha tenido acceso a las dos obras: unas semejanzas y unos paralelismos que van más allá de las simples coincidencias. Se trata de una misma búsqueda del efecto poé-

tico, de un mismo tipo de comunicación, de la expresión de un mismo concepto sobre la vida y la cotidianidad. Pero, además, tanto el uno como el otro trabajan a partir de unos objetos semejantes: sombreros, cartas, antifaces, utensilios en desuso... cosas que hablan en sí mismas por el recuerdo que despiertan en el espectador, objetos que, como en una ocasión dijo Chillida a propósito de Brossa, tienen memoria. Por otro lado, uno y otro utilizan unos mismos recursos: la transformación, el emparejamiento absurdo y la ironía, en un juego reflexivo que denota una mirada crítica sobre la sociedad.

Este paralelismo llevó a una mutua simpatía, de la cual nació una amistad breve, pero intensa (ya que el poeta murió en 1998). Y de aquí surgió la voluntad de convertir la coincidencia en colaboración, haciendo un libro en común. Pero no a partir de la obra que más puntos en contacto presenta con el fotógrafo, los objetos, sino contrastando las fotografías con los poemas escritos. A Brossa siempre le gustó colaborar con artistas a los cuales admiraba y con los que tenía afinidad. Su manera de trabajar era siempre la de hacer dos obras en paralelo sobre una idea común o la de crear o buscar poemas a partir de la propuesta del artista. Incluso, a veces, modificaba la propia naturaleza del libro porque consideraba que la obra del artista ya estaba bien tal como se presentaba y que los poemas podían ir por separado (como el caso del libro *Traslado* hecho con Alfons Borrell, en que los poemas se editaron en un librito aparte para que fuera el lector quien hiciera el traslado de los textos a las páginas del libro). Otras veces, los poemas que Brossa elegía no habían sido escritos expresamente para esa obra sino que eran seleccionados entre aquellos inéditos que más se avenían al espíritu de la obra del artista.

Con Chema Madoz no fue así, sino que, a pesar de la avanzada edad del poeta y su precario estado de salud, la sugerencia de las fotos del artista madrileño lo llevó a una creación totalmente paralela, como en los mejores casos de los libros hechos hacía ya muchos años con artistas de la talla de Joan Miró o Antoni Tàpies, entre otros.

En *Fotopoemario* el diálogo entre artista y poeta va más allá de la

exposición de dos caminos paralelos, porque el conjunto es una de las obras en colaboración hechas por Brossa en que se establecen más correspondencias entre una y otra propuesta. De alguna manera podríamos considerar que los poemas son la respuesta a las fotos o al revés. Cada foto tiene su pareja y de la conversación entre imagen y escritura nace una nueva realidad más lírica, dinámica y crítica. El espectador-lector va de una propuesta a otra y del contraste y complemento surge una única reflexión más profunda y sorprendente sobre la realidad.

Doce poemas y doce fotografías que ofrecen visiones paralelas: doce «fotografías» textuales de la realidad al lado de doce objetos poéticos sorprendentes. Tanto en un caso como en el otro el aislamiento de la pieza conocida o la unión con otros utensilios alejados provocan la sorpresa y el cuestionamiento.

La primera pareja, la forman «Imagen» y la fotografía de un sombrero con alfileres. Un poema que nos habla sobre las posibilidades de transformación del aspecto de la cabeza humana se empareja con un bombín, que también sirve para cambiar la imagen de las personas. Pero a la vez el aspecto serio habitual del sombrero se ve transfigurado por la presencia ambigua de los alfileres.

La pareja número dos sigue por el camino de las metamorfosis: Chema Madoz continúa con historias de cabezas. En este caso, el fotógrafo sigue con el juego de pelucas planteado por Brossa en el primer poema y propone la imagen de una cabeza de maniquí en que los rulos de peluquería han sido sustituidos por carretes de hilo. La respuesta del poeta parece proseguir por el mismo camino. Al menos el título así lo insinúa: «La cara pública». Pero la sorpresa se produce cuando nos encontramos con la transcripción de un letrado de «cerrado por vacaciones» de una consejería popular de cultura.

Las sorpresas continúan en el *Fotopoemario* y en tercer lugar en seguida observamos una coincidencia: gafas en el objeto fotografiado por Chema Madoz y «Gafas» es el título del poema de Brossa. Lo que encontramos detrás de la similitud es un juego: en un caso

las gafas se convierten en el lazo de un regalo; en el segundo caso, en motivo de una adivinanza lingüística. Todo se camufla: objetos y palabras.

Nada es lo que parece o lo que debería ser. Así, la cuarta fotografía nos muestra un antifaz hecho de cabellos y el cuarto poema se titula «Tomadura de pelo», una expresión referida al cabello, pero aplicada a la crítica de una situación en que el cantante realmente no canta, sino que lo finge.

Los cabellos y la escritura quedan unidos en la quinta imagen propuesta por el artista madrileño. El poema ofrecido por Brossa, en cambio, se sitúa plenamente en la escritura: «Folletín». Pero hay otro elemento nuevo que junta las dos propuestas poéticas: la continuidad y el ritmo. La serie de clips y plumas introduce un crescendo que insinúa la musicalidad de la fotografía siguiente. A su vez, el final transcrito de «Folletín» implica una continuación, que nos deja tan ansiosos por el suspense producido en la anécdota explicada como la última pluma plenamente separada ya del clip.

El poema siguiente es una enumeración que expone la conversión de tres fábricas en tres locales de ocio. Por un lado, rompe con las expectativas producidas por el suspense del poema anterior, pero, por el otro, el ritmo tajante y seco del texto anterior ha sido sustituido por un ritmo ascendente provocado por las tres frases gradualmente más largas. Ritmo en crescendo que nos recuerda, inevitablemente, la foto anterior. Por otro lado, este juego musical entre fotografía y poema queda ya plenamente instalado en el libro con la sexta imagen madoziana: un clip colocado al lado de otro transformado en clave de sol.

Pasado el ecuador de *Fotopoemario* llegamos a una gran fiesta. Por un lado el poeta describe en «Sorpresas» un juego de artificio en que una caja lanza juguetes y confeti. Por el otro, el fotógrafo nos ofrece una partitura titulada «Caída de la nieve», en medio de la cual aparecen dos pestañas postizas.

De la fiesta explosiva se pasa a continuación a la elegancia lírica de

la fotografía de unas gotas de agua ensartadas como un collar, mientras que las mismas gotas evocan un cosmos estelar, que es precisamente lo que describe el poeta bajo el título de «Cosmos».

Cosmos que es retomado por la imagen siguiente, una carta celeste donde danzan diversas notas musicales. Es el final del despliegue musical del fotógrafo y el inicio de una reflexión irónica sobre el tiempo. En cambio, el poeta ofrece un contraste singular con su noveno poema. El título nos sitúa en la órbita del tiempo: «Suceso», pero el contenido se aparta de las constelaciones estelares para contar una anécdota irónica y absurda: la de un malogrado abogado herido por un trozo de cornisa del Palacio de Justicia.

Las tres últimas fotos contienen relojes, pero éstos aparecen en posiciones muy peculiares o acompañados por otros utensilios que les dan una nueva dimensión. El cosmos estelar ha llevado al tiempo y de éste se ha cogido la imagen más representativa para desarrollar una reflexión personal. El reloj en forma de luna ironiza la interpretación humana del tiempo. A su lado, el paralelo poético de Brossa describe un «ou com balla» -la típica fiesta catalana de Corpus en que se hace bailar un huevo sobre un surtidor de agua-, con apariencia de letra, bajo un nombre, el de «equilibrio», que también guarda relación tanto con la música como con el tiempo.

La penúltima foto parece enlazar con el poema anterior ya que un lápiz y la esfera de un reloj establecen un equilibrio similar al de un juego popular: la peonza. El poema equivalente nos explica una historia absurda, un poco en la misma línea de poemas como «Folletín» o «Suceso». Se trata de una serie de transformaciones que se suceden regularmente al ritmo de las horas del reloj.

Metamorfosis, juegos y ritmos en el devenir del tiempo ponen su punto final en un gran reloj de pared y en el poema titulado «Armonía». En la caja del péndulo unas piezas de puzzle parecen invitarnos a jugar con el paso de las horas, una sucesión de minutos y segundos que inexorablemente avanza. Las agujas están a punto de tocar las doce y llegar a la plenitud. Hemos llegado también a la foto

y al poema número doce. El ciclo se cierra y Brossa, en el misterio de la vida, nos aconseja cómo lograr la armonía: las preguntas y respuestas las tenemos en nosotros. El hombre es, pues, la medida de todo lo que conocemos.

Chema Madoz y Joan Brossa han compuesto, a lo largo de doce piezas paralelas, sendos itinerarios entrelazados de transformaciones, giros musicales y reflexiones vitales. Gradualmente el lector espectador habrá ido viviendo y construyendo, mediante la imagen y la palabra, un crescendo lírico que lo habrá transportado de la realidad engañosa a las esferas cósmicas, para devolverlo finalmente a la verdad humana: una armonía reflexiva que sólo pueden conseguir dos genios de la sencillez, como Chema y Joan.

Glòria Bordons, abril de 2003

(Traducción de Carlos Vitale)